XXXIV.

MEDITACION

DE LAS VIRTUDES NECESARIAS AL DIACONO.

Adoremos á Jesucristo, que queriendo hacernos apreciar este órden sagrado, desempeña él mismo sus funciones. Vino á la tierra en una condicion de siervo; anuncia á los pueblos la divina palabra, bautiza sus apóstoles, y les distribuye con sus propias manos, en la última cena, su cuerpo y su sangre adorables. [1] Demos gracias al Salvador por el ejemplo que nos da y procurémos imitar este divino modelo. Consideremos que un diácono debe: primero, ser casto, sincero y templado; segundo, tener una fé viva y una virtud probada.

1. Los diáconos, dice el Apóstol, deben ser hombres castos: *Diaconos similiter pudicos.* [2] Destinados por su estado á subir frecuentemente al altar de un Dios purísimo é infinitamente santo para ofrecer con el sacerdote la sangre preciosa del

Cordero sin mancha, no pueden presentarse allí sino con un corazon limpio aun de las menores manchas. Colocados en torno de los santos tabernáculos, como los ángeles de Dios para defenderlos, importa mucho que tengan la pureza y la inocencia de estas inteligencias celestiales; este es el pensamiento de San Ignacio mártir: *Columna altaris angelicæ virtutes.* [3] Los diáconos, dice San Policarpo, no son ministros de los hombres, sino de Jesucristo; y en calidad de tales, deben hacer ver en su vida una inocencia angelical. [4] Deben tambien ser francos, sinceros y amigos de la verdad: *non bilingues.* [5] Encargados por su estado de anunciar los oráculos de un Dios de verdad, la mentira y el doblez jamas deben manchar sus labios. Qué escándalo para los fieles si viesen á un diácono que les anuncia las verdades eternas, faltar á la franqueza y sinceridad en sus discursos. Preservadme, Señor, de un defecto tan humillante para los ministros de los altares. Los diáconos deben ser sobrios y templados: *Non multo vino deditos.* [6] El amor al vino envilece y degrada al hombre: aun en el mundo se desprecia altamente al que se entrega á esta pasion; pero, cuál no debe ser la vergüenza de un levita del santuario que no sabe preservarse de ella? El Apóstol aconseja tomar vino á su querido Timoteo, pero en pequeña cantidad, y á causa de sus frecuentes enfermedades. [7] Un eclesiástico que se olvida de la templanza, deshonra su ministerio, provoca las burlas de la impiedad, y se prepara un desgraciado porvenir. Cuando yo veo, Dios mio, reinar este desórden en el santuario, tiemblo por mí mis-

6 Habentes mysterium fidei in conscientia pura. I. Tim. III. 9.

mo, pues puedo caer en el esceso que ahora condeno y deploro. Solo vuestra gracia puede preservarme de él, y yo la reclamo de vuestra infinita bondad.

2. Consideremos que los diáconos deben tambien distinguirse por una fé viva. [8] Es necesario que todas sus acciones y procedimientos estén animados de sentimientos sobrenaturales y divinos; que como el justo, todos los dias se alimenten de la fé: *Justus ex fide vivit.* Es necesario que recuerden sin cesar, que sin esta virtud fundamental no harán cosa que pueda agradar á Dios: sin fé es imposible agradar á Dios. [9] Dignaos ¡oh Dios mio! penetrarme bien de este espíritu de fé que animaba á los patriarcas, los apóstoles, los mártires y todos los santos, y en particular San Estéban, mi patron y mi modelo. Es necesario, ademas, que los diáconos tengan una virtud probada por mucho tiempo. [10] Una virtud débil aún, que no está profundamente arraigada en el corazon, no puede convenir á los que han sido honrados con el sagrado órden del diaconado; los Padres del Concilio de Trento exigen, como el Apóstol, una virtud sólida, probada, y que resplandezca á los ojos de los fieles que son testigos de ellas. [11] Antes de presentarme á los sagrados altares para recibir este órden santo, debo examinar delante de Dios si tengo todas las disposiciones que la Iglesia exige de los diáconos. ¡Ah! ¡qué lejos estoy de ellas! No puedo pensarlo sin cubrirme de confusion, sobre todo, cuando pienso que los diáconos no deben tener defecto ninguno que los haga indignos de su ministerio. [12] Los pueblos tienen sin cesar los ojos

Iglesia! ¡Quereis ser nuestros gefes y nuestros

fijos sobre los levitas del Señor; si advierten la menor mancha en su conducta, se escandalizan de ella, pierden la confianza y no tienen ya ni el mismo respeto ni la misma estimacion por ellos. Debo, pues, aplicarme mucho mientras estoy en este retiro, á corregirme de todas mis imperfecciones, y para ayudarme á trabajar con buen éxito en la enmienda de mi espíritu, recordaré con frecuencia este aviso que me va á dar el pontífice al imponerme las manos: *Estote nitidi, mundi, puri, casti, sicut decet ministros Christi, et dispensatores mysteriorum Dei.* [13] De este modo mereceré ser asociado á los hijos de Leví, y participar de todos los privilegios de esta tribu predilecta á que voy á incorporarme. [14]

Para penetrarme mas y mas de estos piadosos sentimientos, tomo la resolucion: primero, de recordar frecuentemente las virtudes que exige el órden del diaconado; segundo, de pedirlas á Dios todos los dias en la misa, en mis comuniones, y durante mis visitas al Santísimo, no perdiendo de vista este oráculo sagrado: *Cui commendaverunt multum plus petent ab eo.* [15]

1 Hoc officio usus est Dominus, quando post Cœnam proprio ore ac propiis manibus Sacramenta confecta dispensavit. Iver de Chatr. ser. de excell. sacr. ord.
2 I. Tim. III, 8.
3 Sanc. Ignat. epist. ad Trallianos.
4 Inculpati esse debent, sicut ministri Christi et Dei, et non hominum. Epist. ad Philip.
5 I, Tim. III, 8.
6 Ibid.
7 Modico vino utere propter stomachum et tuas frequentes infirmitates. I. Tim. V, 23.
8 Habentes mysterium fidei in conscientia pura. I. Tim. III. 9.

mo, pues puedo caer en el esceso que ahora con-

9 Sine fide imposibile est placere Deo. Heb. XI, 6.
10 Et hi proventur primum I. Tim. III, 10.
11 Diaconi ordinentur habentes bonum testimonium et probati. Sess. 23 de refor., c. 13.
12 Et sic ministrent nullum crimen habentes. I. Tim. III, 10.
13 Pontif. Rom.
14 Ut digni addamini ad numerum ecclesiastici gradûs, ut hæreditas et tribus amabilis Domini esse mereamini. Ibid.
15 Cui commendarerunt, multum plus petent ab eo. Luc. XII

Iglesia! ¡Quereis ser nuestros gefes y nuestros

XXXV.

MEDITACION

DE LAS DISPOSICIONES NECESARIAS PARA RECIBIR EL DIACONADO.

Adoremos al Espíritu Santo, que se comunica á los diáconos de una manera especial en el momento de su ordenacion. Él conoce los combates á que están destinados; los asaltos que deben sostener, para conservarse puros á los ojos del Señor; hé aquí por qué los reviste de su fortaleza divina: *Accipe Spiritum Sanctum ad robur.* [1] Demos gracias á este Espíritu divino por un favor tan singular, y procuremos hacernos dignos de él. Consideremos que para recibir el diaconado, es necesario ser, segun el testimonio de los Apóstoles: primero, hombres animosos y de una probidad conocida; segundo, llenos de sabiduría y del Espíritu Santo. [2]

1. El órden sagrado del diaconado no se debe conferir sino á hombres de un carácter maduro, fuerte y decidido: *Viros*, dicen los Apóstoles, es decir, hombres en quienes ya no se adviertan esas

mo, pues puedo caer en el esceso que ahora con-

ligerezas, esas debilidades y esas inconstancias tan ordinarias en la infancia, ó en la primera juventud. Esta honrosa dignidad exige corazones generosos que sepan desafiar el peligro, que sean superiores á todas las persecuciones; que á ejemplo del ilustre San Estéban y los esforzados San Lorenzo y San Vicente, sean capaces de las mayores empresas, de sostener los mas gloriosos combates por honor del Evangelio y la salud del prójimo. Hé aquí á los que la Iglesia juzga dignos del diaconado. Quiere tambien que á estos sentimientos de heroismo y de magnanimidad, junten una probidad conocida; porque debiendo por su estado ser los guías de los pueblos en los caminos de Dios, y encargados de anunciarles la palabra divina, de alimentarlos con la doctrina evangélica, deben predicar aun mas elocuentemente con su ejemplo que con sus discursos: es, pues, necesario que su vida sea de tal manera edificante, que si los fieles fueran interrogados sobre la regularidad de su conducta antes de su ordenacion, todos pudieran darle un testimonio lisonjero. [3] Examinemos ahora delante de Dios, si nuestra conducta es bastante arreglada y ejemplar para merecer el elogio y la aprobacion del público. ¿Qué cuidado tenemos en corregirnos de muchos defectos, sobre los cuales quizá nos hacemos ilusion, y que ofenden las miradas de los que nos rodean? Nosotros nos presentamos á la ordenacion llenos de confianza, mientras los asistentes, asombrados de nuestra temeridad, nos dicen esclamando en secreto: ¡Desgraciados! ¿dónde vais? huid, retiraos: ¡sois indignos del grado de honor á que va á elevaros la

Iglesia! ¡Quereis ser nuestros gefes y nuestros maestros, y no teneis mérito alguno que os distinga de nosotros! [4]

2. Consideremos que los que se presentan á recibir el diaconado, deben estar, en segundo lugar, llenos de sabiduría y del Espíritu de Dios: *Plenos Spiritu sancto et sapientia.* [5] Debiendo ser un dia los modelos del pueblo fiel, es preciso que sus virtudes brillen con claridad á sus ojos. De manera que una piedad comun, que nada tuviera de notable, nada capaz de atraer, de mover los corazones fríos é insensibles para las cosas de Dios, no seria suficiente para los que quieren tomar asiento entre los Estébanes, Lorenzos y Vicentes. El diaconado exige corazones fervorosos, ardientes en celo por la causa sagrada que deben defender. Ya, al recibir el subdiaconado, el levita ha recibido el espíritu de sabiduría, de piedad y de temor de Dios. Este Espíritu divino ha debido despertar su celo, reanimar su valor, doblar sus fuerzas, y dar á su alma un ardor singular por la perfeccion; pero hoy que la Iglesia le dice: *Ascende superius,* [6] es preciso que su virtud adquiera un nuevo lustre; que se engrandezca, que se fortifique, que se eleve á proporcion del grado eminente donde el cielo quiere colocarlo; porque ¿no seria una vergüenza y un verdadero desórden dar un paso tan honroso en la clericatura y no adelantar nada en la carrera de las virtudes? ¿No seria, como dice San Ambrosio, comprometer evidentemente la dignidad con que se nos honra, no sostenerla por las buenas obras y por actos de virtud tan edificantes que todos se admiren de ellos y bendigan al Señor por

tudes! [7] Por tu conducta, por tu esterior modesto

haberse preparado tan dignos ministros? [7] Espíritu divino, autor de todo dón perfecto, fuente de toda justicia, dignaos echar sobre mí una mirada de misericordia! Venid á mi corazon, inflamadlo en el fuego sagrado de vuestra caridad, acabad de purificarlo aun de las menores manchas; porque yo sé que no podeis complaceros en una alma donde reina el pecado: *In malevolam animam non intrabit sapientia.* [8] Mi mayor deseo es agradaros y seguir vuestras divinas inspiraciones; pero ¡ah! soy todavía tan imperfecto, tan tibio, tan frío en vuestro servicio. ¡Ah! Dios mio: por vos mismo os lo suplico; cambiadme, convertidme, á fin de que caminando con paso firme por los senderos de la justicia, me haga digno del grado eminente adonde me quereis elevar.

1 Pontif. Rom.

2 Considerate viros boni testimonii septem, plenos Spiritu Sancto et sapientia. Act. VI, 3.

3 Habentes testimonium bonum ab iis qui foris sunt. I. Tim. III, 7.

4 Quomodo potest observari à populo, qui nihil habet secretum à populo, dispar à multitudine? Quid enim in te miretur, si sua in te cognoscat, si nihil in te aspiciat quod ultra se inveniat. Si quæ in se erubescit in te quem reverendum arbitratur, offendat! S. Amb. ep. 6, alias 20, ad Tren.

5 Act. VI, 3.

6 Luc. XIV, 10.

7 Decet actuum operumque nostrorum talem esse publicam æstimationem et attestationem, ne derogetur muneri, ut qui videt ministrum altaris congruis ornatum virtutibus, auctorem prædicent, et Dominum veneretur qui tales servulos habet. L. 1, de offic. c. 5.

8 Sap. I, 4.—Optavi, et datus est mihi sensus, et invocavi et venit in me Spiritus Sapientiæ. Sap. VII, 7.—Qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum. Joan XV, 5.—Si quis vestrum indiget sapientia, postulet à Deo, qui dat omnibus affluenter. Jacob. I, 5.

XXXVI.

MEDITACION

SOBRE LA DIGNIDAD DEL PRESBITERADO, SACADA DE LA ETIMOLOGIA DE LA PALABRA "PRESBYTER."

Adoremos á Jesucristo, electo y consagrado sacerdote por su Padre celestial; título glorioso, digno de todos nuestros respetos, dignidad eminente que los ángeles del cielo veneran; nombre augusto y santo, con que se tiene á bien honrarnos por mas indignos que seamos. Hacedme comprender ¡oh Salvador mio! toda la sublimidad de este honroso nombre, para que sepa yo respetarlo con mi conducta. [1]

1. Queremos ser sacerdotes, este es nuestro designio y nuestro deseo; pero ¿sabemos bien lo que es un presbítero? ¿Conocemos la etimología de esta palabra? ¿hemos comprendido su verdadero sentido? Los Padres de la iglesia griega han llamado al sacerdote Presbyter, es decir, *præbens iter, scilicet, populo de exilio hujus mundi ad patriam cœlestis regni.* [2] El camino del cielo es poco

tudes? [3] Por tu conducta, por tu esterior modesto

sabido de la mayor parte de los cristianos; es es-
trecho y dificil, no se camina por él sino con tra-
bajo: Dios escogió en la tierra hombres á quienes
honra con su poder y su confianza, y que, en su
nombre y por sus órdenes, abren á los fieles la
senda que conduce á una feliz eternidad. Son es-
tos como ángeles de la tierra, que conducen y di-
rigen á las almas por en medio de mil escollos
hasta el puerto de salvacion. ¡Qué noble, qué su-
blime mision! Esta es la que me será confiada
algun dia; ¡qué gloria, qué honra para mí! ¡Pueda
pensar en ella sin anonadarme y confundirme á
vista de mi indignidad? Allanar el camino del cie-
lo á mis hermanos, conducirlos, dirigirlos en este
camino peligroso, proporcionarles los socorros del
cielo que necesitan para hacerlos llegar felizmen-
te á la inefable bienaventuranza que el Señor les
reserva; he aquí la honrosa funcion de que me voy
á encargar por la augusta cualidad de sacerdote.
Los cristianos son en la tierra unos infelices des-
terrados: el sacerdote es enviado á ellos para con-
solarlos y librarlos de su dura esclavitud: *Præbet
iter populo de exilio hujus mundi ad patriam cœle-
tis regni.* A su voz se rompen sus cadenas, sus
prisiones se hacen pedazos; los lazos que los lig-
ban á los bienes perecederos de este mundo, caen
á sus piés como los de San Pedro á la palabra del
ángel.[3] Libres entonces de las solicitudes de la
tierra, buscan á Dios, lo alaban, lo bendicen, y fie-
les á su ley santa, se aseguran la corona inmorta-
he aquí lo que hace un buen presbítero. ¡Oh! es
es el momento de esclamar con San Efren:[4] *O po-
testas ineffabilis quæ in nobis habitare dignata e*

1. El sacerdote es llamado así, porque su esta-
do lo obliga á anunciar á los fieles la palabra de

*per impositionem manuum sanctorum sacerdotum!
O quam magnam in se continet profunditatem for-
midabile et admirabile sacerdotium!* Estas bellas
palabras me hieren y me mueven; ellas me hacen
comprender el sentido de la palabra presbítero; yo
no lo habia conocido bien; aun no lo habia medi-
tado: no es estraño que aun no tuviera una justa
idea de ella. Aun necesito vuestra gracia, Dios
mio, para penetrarme mas y mas de su nobleza y
de su grandeza.[5]

2. Debo considerar en segundo lugar cuál es el
otro hermoso título con que seré honrado cuando
haya recibido la uncion sacerdotal. Al que los grie-
gos llaman *Presbyter*, los latinos dan el nombre
de Senior, anciano; es decir, maduro, grave, pru-
dente, sabio, venerable, que nada tiene ya de la
infancia ni de la juventud; de suerte que se le pue-
da dar como á los padres, la cualidad de grande
y primero en el pueblo: *Majores.* A él se dirigen
estas palabras del Apóstol: *Juvenilia autem desi-
deria fuge.*[6] El sacerdote es llamado anciano no
por el número de años, sino por la sabiduría y la
virtud: *Dicitur senior, non ætate sed sensu.*[7] An-
ciano por la prudencia y la reflexion, que sabe
obrar y contemporizar cuanto conviene, caminar
y detenerse oportunamente, reprender con fuerza
y consolar con dulzura; anciano por el imperio
que debe tener sobre sus pasiones, y por una cas-
tidad tan sólida, que no esté ya sujeto á la ley de
sus miembros.[8] Jóven presbitero, ¿has merecido
con justicia el nombre de venerable, de anciano,
de presbítero por el conjunto de todas estas vir-
tudes?[9] Por tu conducta, por tu esterior modesto

sabido de la mayor parte de los cristianos; es es-

y grave, por tu aire edificante, debes hacerte digno de este nombre é inspirar una especie de veneracion á tu persona. [10] Cuando un jóven eclesiástico, como el jóven Tobías, nada hace que indique ligereza ni precipitacion; [11] cuando se conduce siempre con reserva y madurez, bien pronto se gana la estimacion, las atenciones y la confianza de todo el mundo. Se habla de él con elogio, se solicitan sus consejos, se le descubre el corazon, y el Señor se complace en bendecir su ministerio.

Yo soy diácono, y me preparo á ser muy pronto sacerdote; pero ¡ah! Dios mio: ¿puedo yo decir que tengo esa madurez, esa prudencia, esa gravedad, esa sabiduría que exigís de vuestros levitas para elevarlos á tan alta dignidad? ¡Ah! ¡vos sabeis bien cuán lejos estoy de esto! Pero quiero desde este momento corregir en mí lo que tengo aun de pueril y de ligero, para que, si no puedo aun merecer el nombre de anciano por mis años, adquiera este título venerable por el ejercicio de todas las virtudes sacerdotales.

1 Videte fratres, vocationem vestram, eminentiam et dignitatem ordinis vestri. Petr. Bless. Serm. 61.
2 Honor. Aug. l. 1, de Presbyteris.
3 Et ceciderunt catenæ de manibus ejus. Act. XII, 7.
4 Ephrem. de sacerd.
5 Quid mirum si illos vestrá pietas honorare debeat, quibus in suo eloquio honorem tribuens, eos Deus ipse etiam appellat Deos. S. Greg. Mauritio Imper. refect. 11 quæst. 1, c. de sacerd.
6 II. Tim. II, 22.
7 Hon. Aug.
8 Senectus non annis cana, sed gratiis; non cariosa artubus, sed gratiis vetusta; per longam siquidem temporum experientiam in senibus viget sapientia et ex defectu caloris naturalis in iisdem viget continentia. S. Hilar. Arelat.

1. El sacerdote es llamado así, porque su estado lo obliga á anunciar á los fieles la palabra de

9 Non tam ætate quam morum gravitate. Petr. Bless.
10 Ut cunctis afferant venerationem. Conc. Trid. sess. 22.
11 Cumque esset junior, nihil tamen puerile gerit in opere. Tob. I, 4.—Dicuntur senes hac similitudine, quia quod senes habent beneficio ætatis, id isti habent exercitio virtutis. Petr. Bless.

sabido de la mayor parte de los cristianos; es es-

XXXVII.

MEDITACION

DE LA DIGNIDAD DEL PRESBITERADO, SACADA DE LA PALABRA "SACERDOS."

Yo os adoro, ¡oh Jesus, salvador mio! y os rindo mil acciones de gracias porque os dignais honrarme con un título augusto y con un ministerio sagrado, digno de todo mi respeto. Que no pueda yo, á ejemplo de vuestro Apóstol, conducirme de una manera tan edificante y tan santa, que todos los fieles, al verme revestido de un carácter tan bello y tan divino, bendigan vuestro nombre y rindan al sacerdocio los honores y los homenajes que le son debidos? Comenzaré por penetrarme yo mismo de los sentimientos de la mas profunda veneracion á esta sublime dignidad: *Ministerium meum honorificabo.* [1] Consideremos que los ministros del Señor son llamados sacerdotes, porque están encargados: primero, de predicar y orar; segundo, de inmolar la víctima santa y edificar á los fieles.

1. El sacerdote es llamado así, porque su estado lo obliga á anunciar á los fieles la palabra de salvacion: *Sacerdos dicitur, quasi sacrum dans, dat enim sacrum de Deo, id est prædicationem.* [2] Funcion eminente y del todo divina que lo coloca al frente del pueblo cristiano, para recordarle sus deberes y dirigirlo por el camino de la justicia. Funcion augusta y honrosa que lo hace el maestro y doctor de sus hermanos, para disipar su ignorancia y hacer brillar á sus ojos las verdades eternas; pero funcion indispensable, dice Santo Tomás, que todo sacerdote debe mirar como un deber inherente á su estado. [3] Yo debo recordar que para merecer anunciar el Evangelio de una manera útil á los fieles, debo imitar á mi divino maestro que comenzó á practicar él mismo antes lo que despues enseñó á los otros. [4] Se predica muy elocuentemente cuando no se recomienda á los otros, sino lo que él mismo hace. Una sola palabra de edificacion de un sacerdote que tiene la reputacion de santo, hace mas impresion en los corazones que los discursos mas estudiados y mas patéticos. Se llama tambien sacerdote el ministro del Señor, porque está encargado de llevar al pié del trono de Dios los votos y las necesidades de los pueblos: *Sacerdos dat sacrum Deo.* [5] Esta es, sin duda, una de sus funciones mas honrosas. Los fieles que tienen una alta idea de su virtud y de su crédito cerca de Dios, depositan en sus manos sus ofrendas, suplicándole que se interese por ellos delante de Dios. [6] ¿Quién soy yo, Dios mio, para llenar cerca de vuestra divina majestad tan alto ministerio? ¿Quién, para acercarme á vuestro

1. Nada mas propio para movernos que los sentimientos de los santos en órden al sacerdocio.

trono? Para tener imperio sobre vuestro corazon, es necesario ser vuestro amigo; ¿lo soy yo? Es necesario ser hombre de oracion y de súplicas. ¡Oh! ¡qué lejos estoy de serlo! No sé orar para mí mismo, ¿cómo osaré encargarme de los votos y de las súplicas de los otros? Purificad mis labios y mi corazon, á fin de que pueda dirigirme á vos con confianza. [7]

2. Consideremos que un ministro de los altares se llama sacerdote porque inmola la víctima santa: *Sacerdos dicitur quasi sacrum dans, dat enim sacrum Dei, id est, carnem et sanguinem.* [8] He aquí la mas bella prerogativa del sacerdote; he aquí el privilegio que lo eleva sobre los hombres y sobre los ángeles. Puedo yo pensar en él sin anonadarme y confundirme, á vista de mi indignidad y de mis miserias? El sacerdote es el sacrificador del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. Colocado entre el cielo y la tierra, manda al mismo Hijo de Dios, el Hijo de Dios le obedece; lo toma del seno mismo de su Padre, lo recibe en su boca, lo come y lo da á comer á los otros: dispone de él á su arbitrio y lo ve anonadado entre sus manos. ¡Oh manos mil veces felices porque tocais tan frecuentemente el cuerpo virginal de un Dios! ¿no os habeis hecho jamas indignas de semejante honor? ¡Oh salvador mio! purificadme por vuestra sangre, por esa sangre preciosa que hace germinar vírgenes! ¡Qué desgracia seria la mia, si llegara yo á manchar estas manos que han sido santificadas, consagradas por la uncion mas augusta y mas solemne en el momento de mi ordenacion! De cuán horrible profanacion, de qué espantoso sa-

crilegio me haria yo culpable si las hiciera servir á la iniquidad! [9] En fin, el ministro del altísimo se llama sacerdote, porque está encargado de edificar al pueblo fiel por el buen ejemplo. [10] Orar, predicar, ofrecer el divino sacrificio, son las funciones esenciales é indispensables del sacerdote; pero le falta que cumplir un deber no menos importante, y es el de edificar por una conducta ejemplar: *Exemplum esto fidelium in verbo, in conversatione.* [11] El es, segun el lenguaje del Evangelio, la luz del mundo [12] sobre lo cual San Crisóstomo dice: *Tenetur lucere quem Dominus voluit habere officium lucernæ.*

He aquí, ¡oh Dios mio! las verdades penetrantes que vos quereis que medite frecuentemente durante mi mansion en el seminario. ¿Puedo yo, en efecto, reflexionar en ellas sin concebir una alta idea del sacerdocio y de los deberes que impone? ¡Ah! yo os conjuro por vuestras entrañas de misericordia, que me penetréis profundamente de la escelencia y de la sublimidad de mi vocacion; bendecid la resolucion que tomo en vuestra presencia: primero, de pensar en ella frecuentemente al pié de vuestro altar; segundo, de aplicarme todos los dias á imitar la vida de mi salvador que se dignó asociarme á su sacerdocio.

1 Rom. XI, 13.
2 Petr. Bless.
3 Propriè officium sacerdotis est mediatorem inter Deum et populum, in quantum scilicet divina populo tradit. S. Thoma.
4 Cœpit Jesus facere et docere. Act. I, 1.
5 Petr. Bless.
6 Preces populi Deo offert, et pro eorum peccatis Deo aliqualiter satisfacit. Unde Apostolus dicit: omnis pontifex ex ho-

gundo, de inmolar la víctima santa y edificar á los fieles.

7 Nada mas propio para moverlos que los sentimientos de los santos en órden al sacerdocio.

minibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis quæ sunt ad Deum ut offerat dona et sacrificia pro peccatis. S. Thom. p. 3, quæst. 22.—Heb. V, 1.

7 Qui cum Deo versatur ad maximam similitudinem ejus, quoad fieri potest; effectum expresumque esse oportet. S. Dyon. Areop., ep. 8, ad Demoph.

8 Petr. Bless.

9 Si haberes angelicam puritatem, et Sancti Joanis Baptistæ sanctitatem, non esses dignus hoc sacramentum accipere, nec tractare. Imit. l, 4, c. 5.

10 Dat sacrum pro Deo, vivendi exemplum. Petr. Bless.

11 I. Tim. IV, 12.

12 Vos estis lux mundi. Matth. V, 14.—Qui mihi ministrat, me sequatur. Joan XII, 26.—Nemini dantes ullam offensionem, ut non vituperetur ministerium nostrum. II. Cor. VI, 3.

gundo, de inmolar la víctima santa y santificar á los fieles.

siempre grave, modesta y arreglada, á fin de que viéndome, se conserve la estimacion y la conside-

XXXVIII.

MEDITACION

DE LA ESTIMACION EN QUE DEBEMOS TENER AL SACERDOCIO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo, supremo Sacerdote, que honró en su sagrada persona este título glorioso que ha recibido de su Padre. A ejemplo de este divino modelo, amemos, estimemos el sacerdocio con que tiene á bien revestirnos. ¡Qué honor para los débiles mortales representar sobre la tierra al Verbo eterno, trabajar en su nombre en la obra de la redencion, y concurrir tan poderosa y eficazmente á poblar la Jerusalem celestial! [1] Alabemos y demos gracias á este divino Salvador por la honra que se digna hacernos. Consideremos en esta meditacion: primero, el grande aprecio que los santos padres han hecho del sacerdocio; segundo, el que nosotros debemos hacer de él.

1. Nada mas propio para movernos que los sentimientos de los santos en órden al sacerdocio.